

LAMARA BOUGHICHE, *Langues et littératures berbères, des origines à nos jours. Bibliographie internationale et systématique*, París: Ibi Press, 1997, 447 págs.

Este espléndido repertorio bibliográfico muestra claramente el amplísimo desarrollo que en las últimas décadas han tenido los estudios de la lengua y la literatura bereber. Y esta amplitud y riqueza no deja de asombrarnos si tenemos en cuenta la fecha relativamente reciente en que comienzan las investigaciones en este campo. Piénsese, por ejemplo, que la primera aproximación a la gramática bereber es la que publica Venture de Paradis en 1844. Considérese, también, que con anterioridad a 1878 las hablas del Rif y de la región central de Marruecos no se conocían ni se habían estudiado. Téngase en cuenta, además, que el primer texto bereber impreso es la *Dissertatio de lingua shilhense* de Zacarías Jones, que J. Chamberlayne incluye en su *Oratio dominica in diversis omnium fere gentium linguas versa*, publicada en Amsterdam en 1715. Por ello, adentrarse en este libro de Lamara Bougchiche es alegrarnos del buen momento en que se encuentran los estudios del bereber, pero también es advertir con satisfacción todo el esfuerzo hecho y el camino recorrido. Atrás queda la labor de recopilación que hicieron los viajeros y exploradores del siglo pasado que aportaron datos preferentemente de las variedades de la Kabilia y del Sus. Atrás queda la fundación de la cátedra de bereber en la Facultad de Letras de Argel en 1878. Atrás queda el gran impulso dado en la primera mitad de este siglo por S. Biarnay, F. Beguinot, E. Destaing, A. Basset, L. Justinard, G. Marcy, E. Laoust y tantos otros. En el prólogo, el Prof. Lionel

Galand se detiene en todos los factores que han contribuido al desarrollo de esta parcela de la investigación. Tenemos, en primer lugar, el importante papel que han desempeñado primeramente los viajes de exploración y luego la expansión colonial en el África septentrional, que supusieron los primeros pasos hacia un mejor conocimiento del mundo bereber. De esta época proceden las primeras contribuciones, que poco a poco comenzaron a multiplicarse. En segundo lugar, tenemos otro hecho que influye poderosamente y que es la presencia del bereber entre la docencia y la investigación universitaria. Ello contribuye decisivamente en la profundización del conocimiento y en el rigor del acercamiento. Y, en tercer lugar, está la firme convicción de los pueblos bereberes, tras la independencia, de defender su cultura y de promover un mejor conocimiento de ella, un impulso interno que —como destaca el Prof. Galand— no se había dado en el pasado.

Lamara Bougchiche clasifica los materiales de su contribución en nueve grandes apartados: 1. generalidades, 2. fonética y fonología, 3. morfosintaxis, 4. lexicología, 5. sociolingüística, 6. lingüística aplicada, 7. lingüística histórica y comparada, 8. líbico, epigrafía y onomástica líbico-bereber y 9. literaturas bereberes. Juntamente a esta clasificación en materias o disciplinas, se proporciona una interesantísima catalogación por países, lo que redonda en un mejor conocimiento regional o zonal de la investigación realizada.

En lo que se refiere al sistema de comunicación de los antiguos canarios, los materiales bibliográficos vienen clasificados en los apartados 1.1.2.2 (págs. 59-60), 1.2.2.2.2 (págs. 73-74), 7.1.1 (págs. 225-226) y 7.2.1 (págs. 228-240), y a este res-

pecto tenemos que felicitarnos por dos motivos. En primer lugar, porque se trata de un repertorio bibliográfico muy completo y puesto al día. Y, en segundo lugar, porque una parte significativa de estos materiales aparece por primera vez en una fuente bibliográfica extra-insular. Hay dos errores importantes que los lectores canarios especializados podrán advertir con facilidad. En la pág. 59, en el n° 240, figura Juan Bethencourt Alfonso como autor de *Le Canarien, livre de la conquête et conversion des Canaries* (1402-1422), que Gabriel Gavrier edita en Ruán en 1874. Ni que decir tiene que nuestro querido don Juan Bethencourt Alfonso (1847-1912) hubiese aceptado de mil amores ser el autor de un texto tan temprano y relevante porque ello le permitiría vivir en el primer tercio del siglo XV, conocer la primera andadura de Canarias en la historia y poder ver con sus propios ojos a los aborígenes isleños. Por el profundo amor que siempre tuvo al pasado insular, a buen seguro que don Juan vendería su alma al diablo por ello. Pero, como es sabido, los autores de la crónica francesa son los capellanes normandos Pierre Bontier y Jean Leverrier, y en este caso la obra que cita Lamara Bougchiche es la edición en la que Gabriel Gavrier aprovecha el manuscrito de *Le Canarien* de principios del siglo XVII que se ha dado en denominar como *Canarien-Mont Ruffet* (D. J. Wölfel, *Monumenta Linguae Canariae*, parte I, cap. 6, ap. B) y que también utiliza Richard Henry Major en su edición *The Canarien or Book of the Conquest and Conversion of the Canarians in the year 1402*, publicada en Londres en 1872, como vol. XLVI de la colección de la Hakluyt Society. El segundo error puede verse en la pág. 229, n° 4053 y en la pág. 239, n° 4262, donde se cita el trabajo de Josefa Dorta «La variación fonética de *r* y *l* en La Perdoma, norte de Tenerife», publicado en el n° 27 del *Anuario de Letras* de la Universidad Autónoma de México, 1989, págs.

81-125. Se trata de un trabajo de carácter sociolingüístico en el que se analiza la variación que presentan dos fonemas del español en el habla actual de una localidad de la isla de Tenerife, y que no guarda ninguna relación con la lengua de los antiguos canarios o con el bereber, por lo que no hay razones para incluirlo en esta relación.

Ni que decir tiene que la presencia de estos materiales bibliográficos insulares en este catálogo de L. Bougchiche se justifica por las relaciones lingüísticas que se dan entre el sistema de comunicación de los antiguos canarios y el bereber, un hecho apuntado tempranamente por algunos autores de los siglos XVI y XVII (Francisco López de Gómara, Alonso de Espinosa, Gaspar Frutuoso, Abreu Galindo, Edmund Scory) e impulsado por George Glas en la segunda mitad del siglo XVIII y que en las últimas décadas ha llamado la atención de diversos lingüistas (Georges Marcy, Ernst Zyhlarz, Juan Álvarez Delgado, Wilhelm Giese, Werner Vycichl y D. J. Wölfel), si bien es cierto que el criterio de estos especialistas sobre la cuestión no es uniforme. De una parte tenemos la convicción firme de que las Canarias prehispanicas eran lingüísticamente una provincia del dominio bereber, como defienden Marcy y Vycichl. De otra parte, tenemos la conclusión de que el elemento bereber no es general en el habla de los canarios y únicamente se detecta en algunas de las Canarias occidentales, como postula Zyhlarz. Y también tenemos, en tercer lugar, la postura claramente reservada de Wölfel, que admite la existencia de materiales indudablemente bereberes junto a otros elementos que no se pueden explicar en esta dirección. Hay que subrayar en este sentido que las conclusiones de Zyhlarz se basan en unos materiales lingüísticos parciales y niegan el evidente hecho de la existencia de formas comunes a varias de las Islas. En cuanto a Wölfel, vemos que, aunque admite que la comparación de la

lengua de los isleños con el bereber es la dirección de la investigación que se ha mostrado más fructífera y que el bereber es la llave de la gran sala del edificio en ruinas de las lenguas prehispánicas canarias, considera que se trata de una llave que no abre ni todas las puertas ni todas las cámaras de este edificio. Sabe que existe un conjunto de palabras fonética y significativamente iguales en canario y en bereber, y también que hay materiales lingüísticos de los aborígenes canarios, como las frases y los verbos, que no permiten la comparación con el bereber actual. Por eso Wölfel destaca la necesidad de no limitarse al bereber y de ampliar el campo llevando la comparación lingüística a otros sistemas como el vasco, el ibero, el púnico y, en general, todas las lenguas del mediterráneo pre-indogermánico. Como vemos, se trata de una propuesta metodológica ponderada, de gran amplitud, que da entrada a todas las posibilidades disponibles. Pero, a este respecto, queremos hacer una puntualización. Estamos de acuerdo con Wölfel cuando admite que el bereber es la llave que nos abre la gran sala del edificio en ruinas que es la lengua de los antiguos canarios, pero creemos que Wölfel se apresura al afirmar que se trata de una llave que no abre ni todas las puertas ni todas las habitaciones de este edificio, porque existe un conjunto de materiales que no se pueden explicar a través del bereber, tal y como ya había señalado con anterioridad Abercromby. Para nosotros, muy al contrario, se trata de una llave cuyo manejo y posibilidades no conocemos de forma plena, una llave que hay que utilizar con rigor, con serenidad y con paciencia, una llave que hasta ahora nadie ha utilizado total y satisfactoriamente. Por ello, creemos que el criterio de Wölfel a este respecto no debe producir desaliento y pensamos que la investigación en esta dirección no se encuentra completamente agotada y ofrece grandes posibilidades. En este sentido, hay que con-

siderar que resulta impensable equiparar al bereber con el español o el francés, lenguas que tienen una riquísima tradición literaria, un incalculable corpus textual, una amplísima bibliografía de estudios lingüísticos y cuya evolución en el tiempo y en el espacio conocemos con todo detalle. Frente a esto, es preciso no olvidar que el conocimiento tanto diacrónico como sincrónico que en la actualidad tenemos del bereber es relativo y que por ello los berberólogos y especialistas más eminentes evitan pronunciarse de modo rotundo en sus conclusiones y estudios, en especial cuando se refieren a la evolución lingüística de este dominio. Junto a esto, no debemos olvidar que existe una notable distancia temporal entre los dos elementos que se comparan en este caso y tampoco hay que dejar de tener en cuenta que entre ellos se da una evidente diferencia cualitativa y cuantitativa: de una parte tenemos el bereber moderno, caracterizado por una diversidad interna muy amplia, una escasísima apoyatura textual, una historia lingüística que ignoramos y una realidad dialectal compleja que conocemos solamente de modo fragmentario; y de otra parte tenemos la lengua de los aborígenes canarios, un sistema lingüístico antiguo, que desafortunadamente sólo conocemos a través de unos materiales escasos, parciales y ampliamente corrompidos en la transcripción y transmisión gráfica, que no ofrecen muchas garantías. En esta situación, las coincidencias entre la antigua lengua canaria y el dominio bereber pueden no ser muchas, pero es lógico que sea de este modo. Imaginemos que la población antigua de Canarias es racial, cultural y lingüísticamente norteafricana. E imaginemos, además, que tras el asentamiento en el Archipiélago, estos pobladores pierden el contacto con el tronco lingüístico del que forman parte. Evidentemente a partir de esta fecha, ambas realidades lingüísticas, la norteafricana y la canaria, discurren separadas la una de la

otra y necesariamente se han de producir cambios. En el noroeste de África estos cambios tienen que ver con los movimientos de pueblos, la evolución de la organización política, los enfrentamientos y los conflictos. En Canarias, la disgregación insular también convierte a cada isla en una unidad de evolución lingüística, aunque las islas son lingüísticamente conservadoras. Imaginemos que la fecha de asentamiento de estos pobladores en Canarias se produce en torno al siglo V antes de Cristo. Ello supondría para la antigua lengua de Canarias una andadura en solitario de veinte siglos, que para el bereber actual llega a los veinticinco siglos. Pero es que, en tramos de tiempo muy inferiores, diferentes sistemas lingüísticos han cambiado tanto que casi no se parecen al sistema original. Pensemos, por ejemplo, en el profundo cambio que sufre el inglés entre los siglos XI y XVI. Sólo cinco siglos modifican la morfología de las palabras, la naturaleza de las relaciones sintácticas y las particularidades del sistema fonético-fonológico de esta lengua de tal forma que Shakespeare sería incapaz de reconocer su lengua materna en el anglosajón del tiempo de Beda el Venerable o el rey Alfredo, separados por un lapso temporal de sólo siete u ocho siglos. Pensemos, también, en los profundos cam-

bios que se operan en el latín de la Galia, con su carácter sintético original, hasta convertirse en el francés de hoy, que muestra una forma analítica totalmente nueva.

Por todo ello creemos que la explicación de los materiales lingüísticos canarios debe buscarse primordialmente en el dominio bereber y que el esfuerzo investigador ha de ir en esta dirección. Estimamos que las forzadas florituras etimológicas que vemos en diversos lingüistas, empeñados en demostrar indemostrables relaciones de los materiales insulares con el vasco, el gaélico o el etrusco, no conducen a nada. Ninguna voz canaria se ha podido explicar satisfactoriamente a partir del euskera, el irlandés o el celta cimirco y sí disponemos, en cambio, de numerosas formas que encuentran una explicación satisfactoria a partir del bereber. Creemos, por tanto, que, sin descartar otras posibilidades, se impone profundizar en el estudio de las relaciones del guanche y el bereber, una línea de investigación que es la única que, hasta el momento, ha ofrecido resultados positivos, si bien no del todo satisfactorios ni definitivos. Y el repertorio bibliográfico que Lamara Bougchiche nos ofrece constituye un valioso instrumento en esta empresa.

*Carmen Díaz Alayón*